

## UNA TARDE CON MIGUELON

AUTOR: JAM

Era una tarde de color raro. De esos colores de cielo que asustan. Que dan miedo porque esperas que pueda ocurrir cualquier cosa. Negro hormiga, dicen los entendidos. Boca de lobo, opinan otros. La verdad es que en la atmósfera se presentía una inquietud poco común. El ambiente estaba cargado. El sol se posaba pegajoso en el cuerpo, como queriendo incrustarse dentro de la piel. Se sudaba mucho. Mal presagio.

Al revolver de la esquina, apareció Miguelón. Venía con su uniforme de siempre. Yo creo que este hombre no tendría otra ropa que ponerse. Gorra marinera de color indefinido por la mierda. Oscura. Quizás en algún tiempo fuera azul marino, o quizás negra. Ahora, aunque intentabas saber de qué color era, tenía incrustados tantos matices, que si la mirabas de un lado podría decirse que había sido negra o parda. Pero si la mirabas de soslayo, también tenía otros que te hacían pensar en el color azul marino. Lo que sí destacaba en su frontal era un ancla bordado en un color parecido al blanco que con el tiempo había ido rolando hasta llegar al hueso pálido. Traía puesta también una zamarra con la capucha caída. Esta sí, parduzca total. Un negro desvaído y curtido por los mil soles que en mezcla con el salitre, había ido derivando hasta tener unos tonos blanquecinos en la espalda y las hombreras. Sin duda era el uniforme de trabajo. Vieja, desgastada por las mil y una batallas libradas con las brisas y los soles soportados en alta mar. Compañera infatigable de tantos atardeceres vividos cabalgando sobre las olas de ese Cantábrico tan brusco, tan fiero. En la manga izquierda y a la altura del bíceps, se observaba perfectamente un siete de unos ocho centímetros de lado. Producto de un enganchón, o consecuencia de alguna batalla ganada al viento. Debajo de la zamarra se veía por la pechera una camisa de rayas, sin cuello. Con botones nacarados. Los puños sobresalían por debajo de las mangas y delataban que llevaba sin lavarse más de una semana. El pantalón haciendo juego con la zamarra, pero con la diferencia de que este, por las distintas capas de mugre y escamas que tenía, si lo pusieran de pie, yo creo que se mantenía solo. Como los capotes de los toreros, por la tersura y rigidez de su tela. La suciedad y el desgaste sacaba bruñidos brillos negruzcos en los que se reflejaban trocitos de un cielo sucio y nublado. Describir las botas que calzaba era fácil. Serían de la misma época que el resto del uniforme. Para matizar un poco más su descripción, diré que la derecha, a la altura del juanete, estaba reventada y rota. Se intuía un pie tosco y con callo. Era lo que se vislumbraba a través del roto. No llevaba calcetines. Los cordones raidos. Cada vez eran más cortos. Apenas medían unos centímetros.

La tez de Miguelón estaba arrugada y curtida por los mil aires soportados. Barba de quince días. Rala, entrepelada tirando más a blanquecina. El pelo largo de varios meses. También entrepelado, sucio, desgredado. Colgando de los labios en la comisura de la derecha, estaba la colilla de un cigarrillo hecho a mano. Quizás con tabaco de aquellos cuarterones de los años cincuenta que llenaban aquellas petacas raídas por el uso y hechos con libritos de ZIG-ZAG de color anaranjado que contenían papelitos hechos con harina de arroz. En la mano derecha, traía una bolsa de plástico blanco. En ella

portaba la fiambarrera de aluminio con alguna vianda, el trozo de pan y la botella de vino que le ayudaría a romper la monotonía de la tarde-noche que iba a soportar. En la mano izquierda una garrafa de plástico con líquido que quizás fuera gasoil para la Paloma que lo estaba esperando. No era fácil de adivinar porque la garrafa estaba demasiado amarillenta. Sin duda había soportado muchas horas al sol.

Al cruzarse conmigo, traté de adivinar el ánimo de esta persona emblemática que decididamente bajaba la calle en dirección al puerto. Las pequeñas barquichuelas jugaban al escondite entre los barcos de mayor calado. Allí estaba nuestra Paloma, balanceándose de forma adormecida esperando salir del aburrimiento.

Nos encontrábamos tan cerca del puerto que las gaviotas, alborotadas y bullidoras como siempre, sobrevolaban nuestras cabezas. En el ambiente también se oía a puerto, a pescado. A redes añejas y descoloridas recogidas en la orilla curtidas y repasadas por el sol. A nasas oxidadas y fuera de servicio con escamas trasnochadas y malolientes.

Ahí estaba acurrucada la Paloma a la sombra de un barco de mayor postín. Se balanceaba al ritmo del resto de olas que ya llegaban desvaídas para mesar su casco. En lo alto del mástil de este barco mayor, una gaviota llamaba la atención con sus graznidos estridentes. Trataba de imponer su autoridad. Otras dos revoloteaban amenazantes disputándole el sitio. Se acercaban en plan de guerra para tratar de echar a la intrusa. Lo consiguieron. La primera, se fue protestando.

¡Madre mía, si hablara la Paloma! ¡De cuantas cosas había sido testigo!

Es una barquichuela de unos tres metros de eslora con los colores azul y blanco. En el lado derecho de su quilla, llevaba pintado en negro su nombre. En el izquierdo, su matrícula. Se le notaba varias capas de pintura que restañaban las heridas sufridas a lo largo de los años. Desde hace un montón de años, ha sido la gran compañera de Miguelón. Su amiga inseparable. Su paño de lágrimas. A quien le ha contado sus pensamientos y sus cuitas. Con quien habla en medio del mar. ¡Y cómo lo entendía! Se lleva muy bien con ella. Casi nunca discutía las decisiones que tomaba. Aunque algunas veces, las menos, cuando intentaba alguna cabezonería de las suyas, se rebotaba y no quería seguir adelante. Se repuchaba y le llevaba la contraria hasta que lo hacía desistir. Era cuando (contramarea) Miguelón se empeñaba en seguir mar adentro sin darse cuenta del peligro que estaba delante de ellos. Entonces la Paloma, se retorció en la lucha con las olas. Hacía rechinar las maderas, y con su cabeceo y la proa mirando al cielo, le decía bien clarito, que había que dar la vuelta y volver a puerto. Miguelón entonces, recapacitaba y le hacía caso. Se llevaban muy bien entre ellos. Se tenían mucho respeto. Se comprendían.

Dentro de la Paloma había unas redes recogidas y amontonadas. Un cubo de plástico de color negro, dos boyas con su cañaheja y banderín en la punta. El motor-bodega se encontraba tapado con una especie de cajón de madera azul cielo ya desvaído por el sol, la mugre y el salitre. Parecía muy desgastado. El agua salada había ido lamiendo las partes blandas y se dejaban ver las nerviaciones de pino pulidas por el uso.

Al llegar Miguelón, La Paloma se movió nerviosa. Pensé que era porque había visto llegar a su amigo del alma. No me di cuenta que era porque las olas se habían alborotado al salir otra barquichuela de la otra parte del barco que hacía sombra a La Paloma. Miguelón se acercó a la orilla, tiró del ramal que sujetaba la barca, la acercó al muelle, y se subió a ella. La Paloma, dio un respingo al sentir su pié en la cubierta. Había reconocido la pisada. Se alegró de que llegara la hora de salir del puerto. Ella pensaba que estar atracada era para los mayores. Para los que no se atreven a salir al mar. Quizás fuera que la inactividad la deprimía.

Miguelón soltó la bolsa y destapó el cajón que cubría el motor. Lo puso bocabajo tapando la bolsa y la garrafa que traía. Arrancó el motor que desprendió unas volutas de humo negro. A golpes al principio. Parecía como si tosiera. Luego ya se entonó y el ruido del motor era seguido, alegre, con brío. Se sentía con fuerza para mover a La Paloma. Se caló la gorra hasta las orejas con ambas manos, y empezó a conducir La Paloma sorteando el resto de barcos atracados. Se deslizaba entre las aguas sucias de gasoil con alegría, ufana y altanera. Parecía tener prisa por alcanzar mar abierto y abandonar el puerto. Con la mano derecha sujetaba el timón y se encaminaba mar adentro. Los nubarrones se habían vuelto de un color más grisáceo, feo. De un color que en algunos sitios llaman “panza-rata”. Aquel negro y amenazador cielo, se fue tornando cada vez mas oscuro y a veces dejaba entrever un sol de tormenta que hacía presagiar pocos amigos. Las nubes seguían cargadas, muy cargadas. A medida que se alejaba del puerto, se notaba mas la brisa que envuelta con el agua y rota por la quilla de La Paloma, salpicaba y se estrellaba en el rostro de Miguelón. ¡Cómo para no estar curtida su piel! ¡Ni pestañeaba siquiera! A medida que se iban alejando mar adentro, se encontraban más felices solos él y su compañera. No le importaba el amenazador cielo. Iba absorto rumiando sus planes. Disfrutando ya de los momentos que iba a compartir con su Paloma tratando de sacarle unos peces al mar. “Malo será que no me deje echar unas manos antes de que se ponga el sol” pensaba. Iba ensimismado, feliz. De repente sacó una cuerda del bolsillo, fijó el timón, y poco a poco fue desenvolviendo las redes. Ató un extremo de las mismas a una boya mientras pensaba cómo se daría la tarde-noche. Comenzó a hacer las cuentas de la lechera. Sin abrir los labios, casi se le adivinaba el pensamiento. Rumia que te rumia, hasta que de pronto pensó: Si cogemos dos kilos de salmonetes, se los llevo al bar del Tuerto. Si me entran unos pulpos, esta vez se los vendo a Chanito, y si me sobra algo, tengo que vendérselo a la Juani porque al final se va a enfadar, siempre dice que no le vendo nada. Si me entra alguna dorada, dos me las quedo yo, y las que sobren, también para la Juani. El resto de la pesca, ya veré cómo la distribuyo. La cuestión es que me deje unas dos horitas al menos. ¡Ah! ... Casi se me olvida, “A ver si le acerco algo de “pescao” al tío Tordo, que el hombre anda “delicao” desde lo del Pepe”. En estas cavilaciones andaba Miguelón mientras se alejaba cada vez más del puerto, y la brisa golpeaba con más fuerza a la Paloma que galanamente iba desafiando el mar con la quilla levantada. El cielo seguía enfurruñado cada vez más. Miguelón de vez en cuando se quitaba las salpicaduras de la cara con la manga de la zamarra y trataba de convencerse de que aquella negrura tendría que disiparse y dejarle faenar un ratillo. El monótono ruido del motor acompasaba el ruido

del agua. La espesura que tenían ante sí, no inducía a confiar en buenos presagios. La verdad es que el cielo estaba cada vez más amenazante y después de muchas dudas tomó la decisión de ir soltando redes, “malo será que no me deje una horita al menos”. Iba soltando y soltando sin estar convencido de que la decisión era la correcta. La boya se balanceaba cada vez con más fuerza y arreciaba en su vaivén.

De repente un relámpago descomunal iluminó la tarde. Se asustó. El trueno ensordecedor, brusco, como cabreado, tardó poco en retumbar. Llegó casi de inmediato. Parecía como si el mar advirtiera a los dos huéspedes que estaban metiéndose en terreno prohibido. Miguelón soltó un taco. Ya era difícil que se asustara, pero se conoce que lo pilló desprevenido. La Paloma protestó a su manera. Hizo crujir su armadura y cabeceó impulsada por una ola más grande de lo normal. No le gustó a Miguelón ni el trueno, ni que La Paloma protestara. Se asustó mucho. Hasta el punto que decidió dar la vuelta rápido. Soltó el timón de la cuerda e hizo la maniobra de volver a puerto. Comenzaron a caer unas gotas gruesas. Rápido comenzó a recoger la red sin preocuparse más de sus sueños anteriores. Adiós pescado. Solo se preocupaba ahora de volver. Se había asustado mucho. El relámpago primero y después el trueno lo hicieron estremecer. Se subió la capucha de la zamarra cubriendo incluso la gorra marinera, al tiempo que recogía y amontonaba la red de prisa. La lluvia cada vez más intensa salpicaba con más fuerza. Miguelón no daba abasto a quitarse el agua de la cara con la mano, mientras seguía recogiendo el aparejo sin importarle lo que pudiera traer pescado. Una vez que subió toda la red a la barca, aceleró bruscamente como invitando a La Paloma a que se diera más prisa. La pobre muy obediente, como un perro con el rabo entre las patas, trataba de dar de sí todo lo que podía. Por el tubo de escape salía un humo tan negro como las propias nubes. Otro relámpago, otro trueno, este más cercano, mas encima de La Paloma. Ahora sí comenzó una lluvia más intensa aún que obligó a Miguelón a acurrucarse junto al timón y maldecir a la Paloma. La pobre, no podía más. El puerto cada vez se veía más cercano. El agua empezaba a chorrear a lo largo de la zamarra y hacía burbujas dentro del barco. La tormenta estaba descargando sin piedad. La Paloma seguía a todo gas hasta llegar a puerto. No anduvo con miramientos. Atracó donde pudo y amarró sin contemplaciones. Salió corriendo todo lo que podía hasta guarecerse en una nave cercana. Echó una maldición. Adiós pescado. Se acabó la tarde soñada. Ahora ya calado hasta los huesos. Solo le quedaba volver a casa y estar arrimado al chupón de la lumbre secándose para evitar pulmonías. Tarde para comenzar a soñar de nuevo. Infructuosa en pescado. Rica en vivencias. Sueños incumplidos. Gran experiencia.